

El mercado y la democracia como metarrelatos

ANCÍZAR NARVÁEZ MONTOYA (*)
FILO DE PALABRA / CS & P

Es casi imposible sustraerse a la je-
rigonza contemporánea de la lla-
mada *Postmodernidad*, la cual viene
acompañada de la *posthistoria*, la so-
ciedad *postindustrial*, el *postcapitalismo*,
etc. Por tanto, habrá que hablar, en lo po-
sible, en los mismos términos.

El prefijo *Post* nos impone de antemano el
significado de que algo terminó. Y lo que
ha llegado a su fin, según los teóricos
postmodernos, es la modernidad y con ella
los denominados *metarrelatos*, entendidos
como una manera de ordenar los aconte-
cimientos humanos, la historia, como un
orden preestablecido e inexorable que ha
de conducir a un fin único. Es decir, que
todos los hechos particulares, de las so-
ciedades particulares, no son más que rea-
lizaciones parciales de un sólo devenir.

En efecto, siguiendo al propio Vattimo,
constatamos que: "Filósofos de la Ilus-
tración, Hegel, Marx, Positivistas,
historicistas de todo tipo pensaban más o

menos todos ellos del mismo modo que el
sentido de la historia era la realización de
la civilización, de la forma del hombre
europeo moderno. Como la historia se
concibe unitariamente a partir sólo de un
punto de vista determinado que se ubica
en el centro (bien sea el nacimiento de
Cristo o la fundación del Sacro Imperio
Romano, etc.), así también el progreso
se concibe sólo asumiendo como criterio
un determinado ideal del hombre, pero
habida cuenta que (sic) en la modernidad
ha sido siempre el del hombre moderno
europeo -como diciendo: nosotros los eu-
ropeos somos la mejor forma de humani-
dad-, todo el decurso de la historia se or-
dena según se realice más o menos com-
pletamente este ideal..."¹

En efecto, en la historia moderna han pre-
dominado tres grandes *teleologías* que
bien podemos resumir así: el Cristianismo,
que entiende la historia como un largo
devenir de la humanidad hacia la salva-
ción; el Liberalismo, para el que la histo-
ria de la humanidad es una especie as-
cendente de progreso; y el Marxismo, el
cual explica el desarrollo histórico como

(*) Profesor de la facultad de *Comunicación Social y Periodismo* de la *Universidad de Manizales*.
Director del *Centro de Investigaciones* de la misma Facultad.

¹ VATTIMO, Gianni. *Postmodernidad: ¿una sociedad transparente?* En: Colombia. *El despertar de la modernidad*. Ed. Foro Nacional por Colombia. Santafé de Bogotá, 1993. p. 189.

un avance inexorable hacia la sociedad sin clases y sin Estado.

Vista en perspectiva, llegamos a la conclusión de que efectivamente ninguna de las tres (ni otras posibles), nos puede explicar en forma total los acontecimientos históricos contemporáneos, pues la sociedad se aleja cada vez más de los principios cristianos y en cambio prima la secularización, el hedonismo y otros principios opuestos a lo que Nietzsche denomina el *ideal ascético del cristianismo*, lo cual no nos hace ser optimistas frente a la salvación; asimismo, el progreso es sumamente contradictorio y costoso, pues con el aumento de la producción y de los niveles de consumo también ha crecido la pobreza hasta límites amenazantes incluso para quienes se han beneficiado del desarrollo económico; y, finalmente, el derrumbe de los regímenes socialistas ha creado bastante dudas sobre la viabilidad de la sociedad sin clases y, en todo caso, por el momento nos alejamos de ella en vez de acercarnos. En una palabra, los metarrelatos mencionados han entrado, ciertamente, en crisis.

Ello, sin embargo, no significa que hayan desaparecido todos los metarrelatos y ni siquiera los de estirpe puramente occidental.

“Pues bien, dice Gianni Vattimo, en la hipótesis que yo propongo, la modernidad

deja de existir cuando -por múltiples razones- desaparece la posibilidad de seguir hablando de la historia como una entidad unitaria.”²

Para compartir el optimismo de Vattimo tendríamos que asumir que este modo de concebir la historia ha terminado en los hechos, que todos los pueblos del mundo, diversos, únicos e irrepetibles, han tomado la palabra y, más que la palabra, el dominio sobre su destino histórico, que se pueden hacer una idea de futuro a imagen y semejanza de ellos mismos, que tiene un lugar en la diversidad y gracias precisamente a que cada uno es distinto.

No obstante, la realidad es mucho menos halagüeña, pues lo que ha ocurrido es exactamente lo contrario, esto es, que una nueva versión del paradigma centroeuropeo de progreso y desarrollo se está imponiendo irremediablemente y pretende uniformar al mundo de competitividad, eficiencia, productividad y “democracia”. En una palabra, de mercado. La única diferencia con los llamados paradigmas de la modernidad es que éste es aún más omnicompreensivo que los anteriores, que ejerce su hegemonía sin alternativas.

Desde luego, estamos lejos de pensar que esto se deba a un problema moral. Más bien hay que entender este nuevo metarrelato como el resultado de la misma lógica de la modernidad, es decir, de

² Ibidem. P. 190.

su base técnica (la máquina) y de su base socioeconómica (el capitalismo):

“En la aurora de la historia, escribe Milton Santos, había tantos sistemas técnicos como lugares. La historia humana

lismo. Hoy se observa por doquier, al norte y al sur, al este y al oeste, la predominancia (sic) de un sólo sistema técnico, base material de la mundialización.”³

Y más adelante agrega:

“Dado que ya existe una forma de medida de la plusvalía, ésta, convertida en mundial por el rasgo de la producción, y unificado por medio del sistema bancario, constituye el motor primario. Es ahí donde se sitúa la base de la mundialización de todos los individuos y de todos los lugares.”⁴

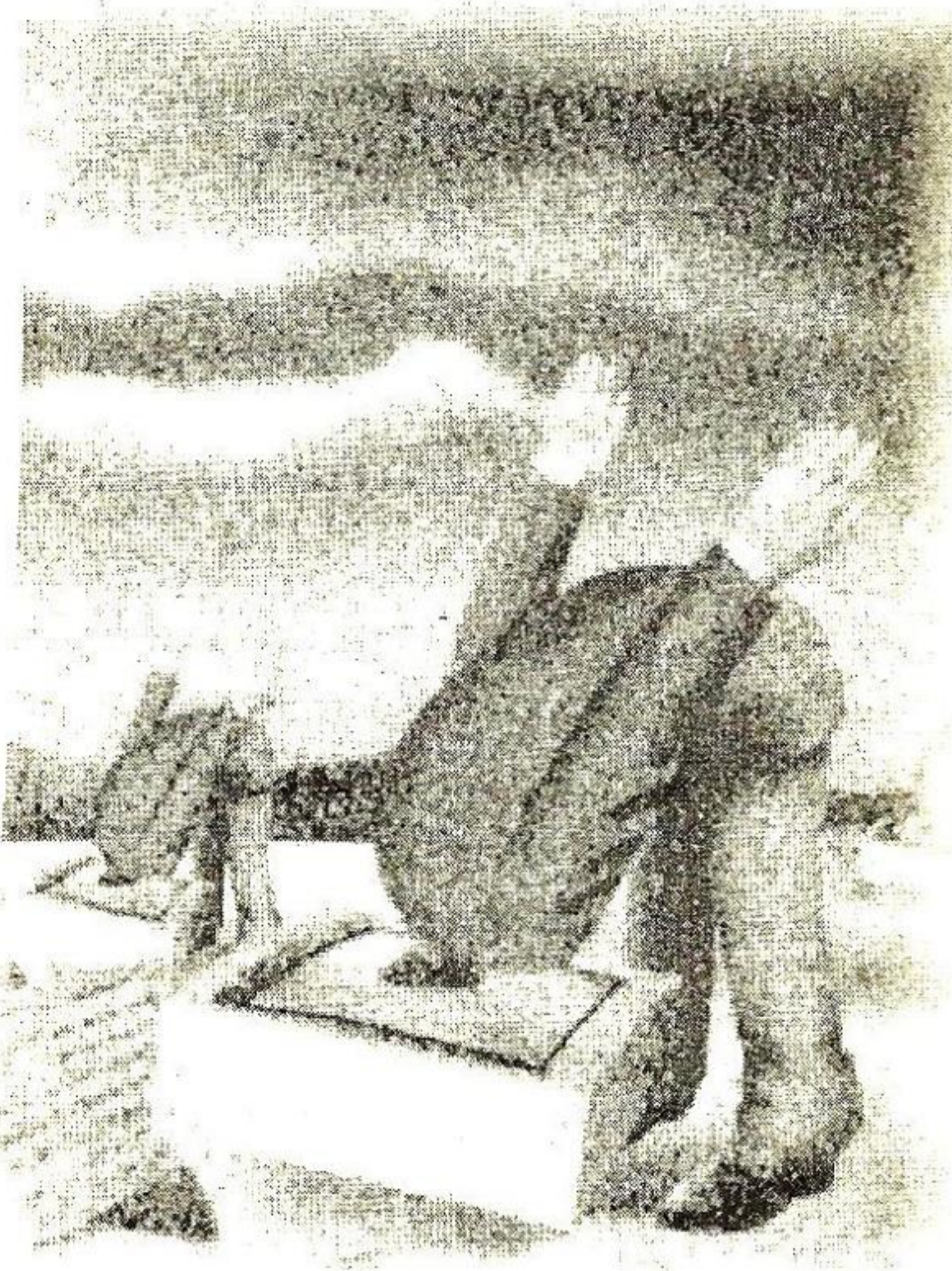
O sea que, por una parte, la globalización en forma de economía de mercado ha devenido en el nuevo paradigma de desarrollo de la humanidad, en el nuevo metarrelato. Pero, por otro lado, siguen exactamente los mismos lineamientos de los grandes relatos de los que supuestamente nos habíamos liberado: se mide a partir de un hecho que es la caída del muro de Berlín y sitúa como ideal de la humanidad al hombre europeo moderno.

¿No es, en efecto, el modelo de la Europa de Maastrich el que se nos está vendiendo como ideal de progreso y de prosperidad para el siglo XXI? ¿Y no es

es igualmente la de la disminución del número de sistemas técnicos, movimiento de unificación acelerado por el capita-

³ SANTOS, Milton. Los espacios de la globalización. En: Globalización y gestión del desarrollo regional. Ed. Universidad del Valle. Santiago de Cali, 1996. p.134.

⁴ Ibidem. p. 135.



el capitalismo de los nuevos países industrializados de Asia una réplica del modelo occidental de acumulación, basado en la sobreexplotación del trabajo, en el desempleo, en la aplicación en forma eficiente de todas las posibilidades tecnológicas para incrementar la productividad y en la protección de su industria nacional?

A estas alturas hay que preguntarse, entonces, si es cierto que los metarrelatos han desaparecido y con ellos la modernidad. A este despecho de adalides del discurso postmoderno hay que decir que ni lo uno ni lo otro y que más bien estamos asistiendo, si nos atenemos a la descripción de Vattimo, a la más pura lógica del desarrollo moderno, con sus luces y sus sombras.

Esto no quiere decir, sin embargo, que no haya diferencia, pero ésta radica, a lo sumo, en que han desaparecido los metarrelatos alternativos, en que no hay una propuesta unificada que se oponga al modelo de globalización imperante y que, por desgracia, el único discurso que pretende ser alternativo es el que reivindica la respuesta fragmentada, la dispersión, la espontaneidad y el derecho al atraso social y cultural como signos de autonomía, con lo cual la lógica del capitalismo salvaje tiene asegurada su hegemonía por mucho tiempo.

Habrà, naturalmente, quien reivindique la democracia como la alternativa hacia la cual debemos volvernos para darle sen-

tido a una nueva utopía. No podemos negar que la democracia siempre ha sido una democracia sin dientes y, en todo caso, no es una alternativa al mercado, sino, según el nuevo paradigma, sólo una condición favorable para el mismo.

Por otro lado, con esa lógica, la democracia ha devenido en un nuevo metarrelato que reproduce todas las características de los anteriores. La globalización de la democracia reclama, según Jean Francois Revel, "una política mundial de la democracia, es decir, un combate frontal al totalitarismo que es necesario ejecutar aún a *despecho del principio de la no intervención.*"

Con esto queda en entredicho la presunción de que el fin de los metarrelatos permitirá a cada pueblo evolucionar de acuerdo con sus propias características e intereses, ya que lo que nos está notificando el nuevo evangelio de la globalización del mercado y de la democracia es que los países que siguen teniendo poder político y económico en adelante decidirán también cuál es el tipo de mercado y de democracia que nos conviene.

Así que no es del todo cierto que hayan desaparecido los metarrelatos y, por fortuna, tampoco la modernidad; y mientras las bases de la cultura moderna sigan existiendo legítimamente, también persistirá la posibilidad de construir un metarrelato alternativo que incluso puede ser, porque no, un nuevo mercado y una nueva democracia.